

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año II.

Sábado 15 de Marzo de 1862.

Núm. 30.

DIRECCION

DE LA TENDENCIA RELIGIOSA EN LA INFANCIA
POR LA MADRE DE FAMILIA.

I.

Sin necesidad de una muy atenta observacion, es bien fácil reconocer en el individuo tres tendencias que le mueven ó atraen al ejercicio de sus facultades morales para determinar su voluntad en un sentido favorable ó adverso al bien moralmente considerado; y claro es que constituyendo estas tres fuerzas, que obran incesantemente sobre el espíritu, otros tantos agentes encaminados á un fin exclusivo y antagonista, si se prescinde de la relacion íntima y estrecha union en que deben mantenerse, se hace absolutamente indispensable que, al dirigir cada una de ellas por medio de la educacion, se guarde una completa armonía que nos conduzca á la realizacion de la grande y difícil obra del desarrollo moral del individuo. Estas tendencias, harto conocidas y naturales, son: la tendencia personal, que constituye el amor de sí mismo; la tendencia social ó amor al prójimo, y la tendencia religiosa ó amor á Dios.

Cada una de estas tendencias lleva al hombre al cumplimiento de los sagrados deberes que tiene para consigo mismo, para con sus semejantes y para con Dios. Pero es de todo punto incuestionable que su desarrollo natural debe estar sábiamente sostenido por la armonía que establecen sus íntimas relaciones, á fin de que la educacion moral no halle obs-

táculo alguno en una voluntad errónea, determinada por el predominio de cualquiera de ellas. La observancia de este principio es tanto mas necesaria, cuanto mas frecuentemente acontece que los excesos de la tendencia personal hagan esta ilegítima y perniciosa; porque de la justa idea de sí mismo y la exagerada apreciacion de la dignidad personal, se viene á caer en el amor propio excesivo, en el orgullo, el egoismo y otros vicios que anulan completamente las dos tendencias social y religiosa.

No vamos á ocuparnos hoy de los principios y medios que la educacion emplea para conducir á la par el desarrollo de las tres tendencias morales en el individuo que se halla bajo los cuidados maternos. Para este difícil trabajo necesitamos exponer antes cómo se manifiesta y desenvuelve cada una de ellas, y qué direccion reclama por parte de aquellos á cuyo cuidado se ha confiado el destino, ó mas bien la condicion moral de los individuos; puesto que en su mano está hacerlos buenos ó malos, toda vez que en su principio las tres tendencias son inocentes y se manifiestan directamente encaminadas á su fin propio y exclusivo. Para esta delicada tarea, en la que entramos prescindiendo de un orden riguroso y dando principio á la direccion de la tendencia religiosa, porque es la que mas esmero necesita de parte de la madre de familia á quien hablamos y para quien escribimos, conviene que establezcamos primero ciertos principios ó axiomas de educacion moral, á los cuales es indispensable volver siempre la vista para re-

glar acertadamente todos los actos directivos ó educativos que se encaminan á formar un corazon recto y un espíritu puro.

1.º El alma se apropia los sentimientos que han de constituir la vida moral, por una especie de asimilacion, resultado del trabajo de sus propias facultades.

Este principio enseña perfectamente á las madres que no basta impresionar al niño ó á la niña con actos ó sucesos que muevan su corazon ó interesen su espíritu; es indispensable que sobre ellos se ejerciten sus facultades morales en un sentido favorable al sentimiento que haya de imprimírseles, para que se verifique su asimilacion verdadera y se hagan sentimientos propios de la criatura.

2.º Cada facultad moral crece y se fortifica con el ejercicio, en razon á su mayor frecuencia ó actividad; y del mismo modo se debilita por la inaccion.

De modo que no basta á una madre haber alcanzado la seguridad de que una facultad moral ó todas tengan en el individuo la aptitud necesaria para obrar el bien; se requiere que este se produzca constantemente estimulándolas con frecuencia, á fin de que no disminuya su fuerza y por la falta de ejercicio vengán á la debilidad y la inaccion; antes, por el contrario, que se vigoricen y robustezcan.

3.º El ejercicio de una facultad contribuye en mas ó en menos, favorable ó desfavorablemente, segun él sea, á los progresos de todas las demás facultades y al desarrollo moral entero.

Siendo la vida moral, lo mismo que la vida física é intelectual del sér humano, una vida de relaciones, claro es que no puede ponerse en accion una parte sin que esta comunique su movimiento en mayor ó menor escala á las demás, y especialmente á aquellas con quienes tiene mas contacto ó enlace. De aquí el que si el movimiento ó ejercicio impreso á una facultad moral, y comunicado á las demás por la union que entre sí tienen, fuese inconveniente y se encaminase al mal, la perturbacion que produce en esta facultad

se trasmite con mas ó menos fuerza á las demás y á todo el desarrollo moral del sér. Por esto el esmerado celo de las madres para apartar siempre de sus hijos toda mala accion, por poco trascendental que en sí sea, y hasta el origen de todo sentimiento que motive un ejercicio pernicioso en sus facultades.

4.º Todo adelanto en el desarrollo moral del individuo, malo ó bueno, viene á ser causa y medio de nuevos adelantos en el mismo sentido.

Esta verdad, constantemente patentizada por la experiencia, aconseja á la madre de familia que procure dar rectitud á los sentimientos y acciones de sus hijos desde el principio, aun en la edad en que aparecen sin conciencia de lo que hacen; no solo porque este cuidado les asegura el buen resultado que han de alcanzar despues, sino porque así tendrán la seguridad de que el edificio que están llamadas á levantar no lleva carcomidos sus cimientos y se ha desmoronar bajo la pestilente influencia de los materiales que le sirven de base.

5.º Todos los progresos hechos en la educacion moral, malos ó buenos, forman una cadena, cuyos eslabones son inapreciables, pero en la cual no se halla interrupcion ni vacío alguno.

Esta circunstancia reclama el asídúo é incesante cuidado de la madre en la educacion moral de sus hijos: la necesidad de que esta direccion sea una, y bajo ella se admita el concurso de cuantos agentes vengán mas adelante á desenvolverla.

6.º El desarrollo moral del hombre no está limitado á un tiempo ni término absoluto: cuando cesan sus progresos viene la decadencia.

He aquí un aviso á todas las madres y á los padres que equivocadamente crean que á cierta edad no hay peligros para la moralidad de sus hijos, y se consideran exentos de las tareas y vigiliass que les impone la educacion: antes que se debe, y la necesidad de nuestra condicion les alce esta carga, viene la sociedad á hacerlo, muchas veces en daño propio

y de aquellos á quienes declara útiles miembros suyos.

Vengamos ahora á considerar la tendencia religiosa, si no como la primera, como la mas preferente, y estudiarla en su índole, en su importancia, objeto y medios de direccion por la madre de familia.

Sin la religion, nuestra vida moral carece de fuerza y de fijeza, de regla y de sancion, porque nos falta el fin á que dirigir nuestros pensamientos, palabras y acciones para cuando no son nada los intereses terrestres; no se encuentra un dique que contenga en el alma los excesos de los errores y las pasiones, y porque nuestros sentimientos hácia el prójimo son muchas veces despreciables por su objeto ó ahogados por la tendencia personal. Así, pues, es una verdadera necesidad de nuestra condicion desarrollar en el corazon del infante los sentimientos que se dirigen hácia Dios, es decir, el amor, el reconocimiento, la confianza ó la fé, el respeto hácia todo lo que de él procede y la obediencia á todo lo que emana de su voluntad: porque estos sentimientos no son otra cosa que la manifestacion de la tendencia religiosa dirigidos al Todopoderoso, santo y eterno, por la criatura débil, pecadora y mortal, á quien son indispensables para profesar realmente la religion. La instruccion religiosa, que es una parte de la obra del educador, viene despues á hacer fecundo el desarrollo de estos sentimientos, sin los cuales ella seria completamente estéril.

Los primeros sentimientos del niño son vigilados por su madre; nacen bajo el calor benéfico de aquella que se considera feliz al poseer el corazon de aquel á quien ha dado el sér. Cuando esta madre es piadosa, se declara desde luego impotente para labrar la dicha de su hijo por medio de la educacion, sin que proteja sus esfuerzos el poder infinito de Dios; y por eso se esfuerza en que el niño eleve hácia él los sentimientos de su corazon, hasta persuadirse de la fé filial fundada en su fé en Dios. Sin embargo, aun conseguido el conocimiento de Dios creador, de su bondad, de

su providencia, su poder y su justicia, no basta las mas veces para hacer capaz el corazon de un amor proporcionado á un sér tan santo y grande. Hasta que la fé cristiana y la piedad no nos inspiran lo suficiente para emanciparnos de la esclavitud á que nos reducen las cosas visibles, el órden físico del mundo, al que estamos sometidos, y sus maravillas, nos hacen desconocer la accion providencial de Dios sobre nosotros mismos. La evidencia de las causas secundarias arrebatada de nuestra vista la causa primera; no nos sentimos bastante fuertes para aspirar á la comunicacion con el Todopoderoso; y los nobles sentimientos que elevan nuestra alma hácia su Criador, no tienen suficiente fuerza y resistencia para evitar que caigamos bajo el poder de nuestras convicciones terrestres. Por esta razon la madre, además de dar á conocer á sus hijos á Dios criador, á Jesus su salvador y su amigo, debe hacer crecer en su corazon un amor santo que forme la base de los demás sentimientos. Pero antes de que nos ocupemos del desarrollo sucesivo de estos y de los medios mas eficaces para que la madre consiga fijar en el alma del niño la tendencia religiosa, indicaremos primero cuánto la conviene hacer para que su corazon, despojado de toda sombra de orgullo, con que pudiera empañarlo la tendencia personal, vista las galas de la santa y profunda humildad con que Jesucristo llevó la cruz para morir en ella, y que le es necesaria para abrazar su doctrina.

L. R. y P.

PARA LA MADRE, LA EDUCACION DE SUS HIJAS ES UNA OBRA MAS DIFÍCIL QUE LA DE LOS HIJOS.

La sociedad tolera al hombre mucho mal por algun bien: con tal que haya en él lo esencial, fácilmente satisface: no se le juzga por lo que fué en su juventud: cualesquiera que sean las faltas que cometa en la época que se llama edad de las locuras, siempre se espera que las reparará; y si las repara, todo

queda olvidado. En una jóven, no solo el mal, sino hasta las apariencias del mal, ofenden á la reputacion de toda la vida: no le es permitido pasar por faltas para llegar á la prudencia: es indispensable que alcance muy luego esta virtud.

A la muger se le exige desde niña la modestia, la discrecion y la inocencia; sin embargo, se le pide que sea graciosa y seductora: se le manda en cierto modo agradar; pero no se le perdona el agradarse demasiado á sí misma. Preparar á la niña para una vida ejemplar y activa, sin amortiguar el fuego de su imaginacion, ni comprimir su vivacidad y su gracia; cultivar su inteligencia é iniciarla en lo bello, sin producir un fastidioso pedantismo, ni una funesta exaltacion, y educarla en la familia y para la familia, sin dejarla extraña á los buenos usos y á la elegancia de la sociedad, son las difíciles condiciones de la educacion de la muger.

Unos, dando con razon mucha importancia á la solidez, suelen comprenderla de una manera algo mezquina, no dan suficiente valor, no diremos á lo brillante, sino á lo agradable, y hasta parece que desconocen ó que desdeñan cierto no sé qué, cierta cosa indefinible que en gran parte constituye el encanto de la muger. Otros, peor inspirados aun, toman las exterioridades y apariencias por méritos reales, trabajan para dar brillantez á las personas, y no para que sean verdaderamente amables, olvidando que la gracia es una cualidad del alma y que los atractivos interiores son los que mas interesan.

Tan útil y conveniente nos parece que el niño sea confiado á la educacion de las escuelas ó colegios, como prudente el que la niña se desarrolle á la vista de su madre. En la vida de los hombres, la instruccion desempeña un gran papel, y es una buena parte de la educacion; por consiguiente, mucho se puede sacrificar en favor de aquella; además, no es posible dar una instruccion satisfactoria, fuera de las escuelas ó colegios. Mas para las niñas, la instruccion es menos importante; y aunque

lo fuese mas, no podria compensar el peligro que ofrecen las grandes concurrencias en las casas de educacion, donde, por otra parte, no es fácil encontrar un justo medio entre lo sólido y lo agradable. Como las niñas de familias ricas son las que dan el tono á los colegios, las menos acomodadas aprenden en ellos cosas que les son inútiles; y, lo que es mas funesto, aprenden á imitar y á envidiar á las que las aventajan por su condicion.

Hay para cada edad de la vida una educacion particular: la de la niñez no es la de la juventud. Llegamos una edad en que la imaginacion se despierta, en que el corazon se abre, en que la inteligencia se enriquece de ideas nuevas, en que el mundo comienza á excitar la curiosidad, en que los diversos lances de la vida son objeto de nuestros pensamientos y meditaciones, en que buscamos la felicidad, en que el alma, en fin, siente impresiones que hasta entonces no habia siquiera imaginado. ¿Deberá una fria opresion ahogar estas naturales aspiraciones? ¿Deberá una imprudente negligencia dejarlas extraviarse en movimientos desordenados? ¿Quién sino la madre puede hallar entre estos dos extremos la medida mas exacta y delicada?

La niña se educa para la familia, y debe ser educada en la familia. Ningun trabajo tan provechoso para ella como el de su casa, ninguna leccion le valdrá tanto como el ejemplo y las instrucciones de su madre. Verdad es que hay madres cuya compañía no puede ser benéfica para sus hijas, y hacen bien en separarse de estas, pues cuando la familia no es otra cosa que lo que se llama mundo, es preferible la educacion que se puede encontrar en otra parte: esto no prueba que la niña deba ser educada fuera de la casa paterna, sino que la madre tiene el deber de que su casa sea una morada digna de su hija.

El objeto de esta educacion seria formar, si fuese posible, una muger perfecta, esto es, dotada de todos los méritos y cualidades que le atraen estimacion, respeto, amor, admiracion; pero como no se puede realizar este

ideal, necesario es á lo menos acercarse á él todo lo posible; necesario es que la madre tenga sin cesar este ideal ante los ojos, no para persuadirse con ciega parcialidad de que lo ha realizado en su hija, sino para esforzarse por disminuir la distancia que existe entre la imagen y el modelo.

Para educar á una hija, es necesaria en la madre una solicitud mucho mas exquisita que para los varones.

La muger, por medio del matrimonio, puede cambiar de esfera, entrar en otra clase social muy diferente de aquella en que ha nacido; y por lo tanto, es necesario que sea capaz de subir ó descender; que su instruccion sea variada y su educacion completa; que, sin lisonjearla ni rebajarla, llegue á conocer sus cualidades y discierna en qué puede y debe emplearlas; y que dispuesta á permanecer humilde y modesta, tenga tambien aptitud para presentarse en sociedad, sin dejar de estar en su centro por torpeza ó ignorancia.

El sentimiento de su dignidad no debe depender de las circunstancias en que viva: una muger sensata no se conduce, no se dirige enteramente segun la censura ó aprobacion que se hace.

Ha habido épocas en que las mugeres han sido muy mal juzgadas; y si hubieran tomado por regla de su conducta la opinion pública, hubieran perdido mas terreno.

En la actualidad, unos las elogian con exceso tal vez, y hacen consistir en ellas el equilibrio del mundo; otros las critican con bastante razon.

Juzgaos á vosotras mismas; sed leales y decid con franqueza:

«Estamos lejos, muy lejos, de ser lo que podríamos ser; pero deseamos reformarnos, aceptamos los medios, y queremos el bien y la felicidad de aquellos á quienes amamos. Eduquémonos, corrijámonos, modifiquémonos con perseverancia, y realicemos en nuestra prole la reforma operada en nosotras mismas; preparemos á nuestros hijos un bello porvenir, á nuestras hijas su felicidad, y conser-

vemos á nuestra pátria el rango que ocupa por la influencia civilizadora que debe á la muger.»

La madre debe formar á un mismo tiempo el corazon y la razon de su hija, á fin de que las impresiones que reciba el primero estén atemperadas por la reflexion; pero es necesario sobre todo, que el ejemplo vaya unido á los consejos.

En fin, una madre debe extender su abnegacion á todo, y hasta olvidarse á sí misma por su hija, ante el mundo.

En cierta edad, una jóven es tímida, y su situacion muy delicada: es necesario que adquiere seguridad de sí misma sin que tome atrevimiento. Bueno es dejarle la iniciativa en muchas cosas, para poder juzgar de su aptitud: tambien será útil iniciarla en la vida social, bajo la influencia maternal, pero sin opresion.

Hay mugeres que con su falsa superioridad y su fama de elegantes y hermosas, procuran oscurecer á la hija que suelen llevar consigo, para dejarla en segundo término y poder brillar en el primero.

Cierta madre, muy poco digna de este título, empezó á presentar á su hija en sociedad, y se vistió constantemente como ella, llevando, á los cuarenta años muy cumplidos, la rosa mas fresca y delicada, el tocado mas propio de una jóven y las telas mas diáfanas, con todo el arte posible, á fin de pasar por hermana mayor de su hija.

La pobre jóven, dotada de las mas encantadoras cualidades del corazon y del exterior, fué llevada á remolque hasta los veinte y cuatro años por aquella madre que, para concluir, se decidió á casarla, pero lejos, muy lejos.

Si la desterrada llega á fijar los ojos en estas líneas, sepa que quien las escribe le ha conservado toda la simpatía y los sentimientos afectuosos que ella le inspiró.

J. T. L.

ALFREDO EL GRANDE.

La Inglaterra, abierta á todos los mares, llena de monasterios y abadías, que hacian de ella un centro de civilizacion cristiana; dividida entre dos príncipes rivales, á pesar de su union aparente bajo el cetro de los sucesores de Egberto, excitó la insaciable codicia de los Scandinavos. Así, la derrota y la muerte de Ragnar no hicieron mas que aumentar la tempestad precipitando sobre Inglaterra las hordas devastadoras de sus hijos. La Northumbria habia venido á ser su presa; la Mercia temblaba ante ellos: por todas partes el incendio, el pillaje, la matanza de guerreros y sacerdotes, la destruccion de toda cultura y la proscripcion de la ciencia. El reino de Wessex, que habia declinado rápidamente bajo los reinados efimeros de los tres hijos de Ethelwolf, llegó á sucumbir tambien, llevando tras sí la esclavitud de la isla y el triunfo sangriento del Paganismo, cuando un jóven, hasta entonces desconocido, último vástago de la familia real, compañero fiel de su padre en una peregrinacion á Roma bajo Leon IV, auxiliar modesto de sus hermanos, y ajeno á toda ambicion, fué alzado por la Providencia para salvar y regenerar su pueblo.

Alfredo el Grande pertenecia á la vez á la política, á la filosofía y á las bellas letras. Cada una de ellas reivindicó ese admirable carácter con que la verdadera perfeccion desdeña el foco de las ficciones. A diferencia de Arturo de Bretaña, idealizado con las leyendas, Alfredo es una realidad viviente, cuya existencia nos es conocida y revelada hasta en sus menores detalles por sus escritos y sus actos, tanto como por el testimonio irrecusable de sus contemporáneos. Nada nos ha parecido sospechoso de cuanto se nos ha dicho de su vida; nada puede ser exagerado en este tipo de un alma generosa, purificada en la adversidad, excitada y ennoblecida por los acontecimientos.

Su vida política se nos presenta bajo dos fases bien distintas: la una de humillacion, jóven, sin experiencia, llamado á ocupar un trono vacilante, que muchas veces oscilaba bajo sus plantas, viéndose vencido por los fieros Scandinavos, obligado á huir, á ocultarse como criado en la choza de un pastor, ó en las escabrosidades del campo de sus enemigos, soportando el olvido y hasta los insultos de los irritados y de los ingratos: la otra de prosperidad y gloria, cuando triunfante de tantos obstáculos afirmó con la

espada la corona sobre su cabeza, y sometió á su obediencia todos los estados de la Heptarquía. En la primera, su carácter constante es la resignacion, la superioridad de alma mezclada con el dolor y el arrepentimiento de las debilidades pasajeras que reparó despues. En la segunda, es el celo mas esclarecido, la solicitud infatigable por la moralizacion de su pueblo, por la prosperidad de las letras, de la industria, de la agricultura, por la grandeza futura de Inglaterra, de que es el verdadero fundador. Le distinguió el acierto feliz, y raro para los reyes, de tener siempre consejeros austéros. Su guia, durante sus infortunios, fué Neot, personaje venerable, descendiente de sangre real y retirado del mundo: su amigo y su biógrafo fué el piadoso y leal Asser. Desde que Alfredo pudo renunciar á la guerra, luego que los Scandinavos depositaron sus armas y aceptando su alianza abrazaron el Cristianismo, empezó á realizar sus pensamientos de combatir las plagas de la miseria y la ignorancia, activando por todas partes el trabajo y esparciendo la luz. Enfermo y abatido por los sufrimientos, prosiguió por espacio de veinte años su tarea gloriosa, promulgando leyes y haciéndolas observar, disciplinando las tropas, creando marina, llamando al cultivo de los campos los brazos fugitivos que se libraron de la carnicería. Pero sobre todo la ciencia en su acepcion mas elevada, la religion, la filosofía y la historia, fueron las que merecieron sus mas atentos cuidados. En medio de un pais devastado, halló los cláustros desiertos, las iglesias arruinadas, quemados los manuscritos y la inteligencia humana privada de sus mejores fuentes y auxilios. No contento con rodearse de sábios, que atrajo á su córte, y de los que se hacia desde luego un discípulo celoso, resolvió dedicarse él mismo á la instruccion de sus compatriotas, estudiando dia y noche para comprender los libros cuya propagacion podia serles útil, mientras que su ardiente caridad se extendia hasta los cristianos de la India. Maestro, en fin, en el idioma latino, que encerraba tantos tesoros, y cuyos primeros sonidos habia oido en Roma, donde su padre le condujo niño; dotado de un conocimiento exquisito de las fuentes del lenguaje anglo-sajon, en el cual los poemas nacionales hablaban tanto á su corazon, se dedicó á traducir con un ardor sin igual las Cartas pastorales de San Gregorio, las Instrucciones de San Agustin, la Historia eclesiástica de Bède, la Historia universal de Orose, en la cual tuvo el cuidado de ingerir un cuadro de la Antigua Alemania y el curioso viaje de dos explora-

dores del Norte. Todas sus obras, distribuidas en folletos, reanimaron el gusto por la lectura y las sanas tradiciones transmitidas al pueblo. El mismo, en sus meditaciones eligió para tema de sus pensamientos y resumen de su moral, la *Consolacion de Boéce*, que no solo se propuso traducir, sino parafrasear, para desenvolverla en su lenguaje y bajo la inspiracion de su corazon. Este es sobre todo el espejo en que el alma de Alfredo, mas pura aun que la de Marco Aurelio, se refleja toda entera por sus mas dulces efusiones y los rasgos mas sublimes. No pudiendo reproducir de una manera extensa las nobles confesiones de un rey modelo, nos contentaremos con trasladar algunas máximas tomadas de este precioso libro:

«Dios sabe que yo no he codiciado ni buscado esta corona terrestre; y lo que desearé es hallar los recursos necesarios para la obra que me ha sido impuesta y poder cumplirla bien.»

«Mi voto mas sagrado es vivir conforme á la justicia, y fijar en mi memoria el recuerdo de algunas acciones.»

«Apetecer la gloria sin virtud, es un error de los mas funestos.»

«Jamás te enorgullezcas con tu nobleza; ¿no tienen todos los hombres un mismo origen? Dios, uniendo el alma al cuerpo, ha dado á todos la nobleza nativa. ¿Con qué derecho te la abrogas por tu nacimiento, haciéndote superior á los demás hombres, tus iguales, si no los aventajas en buenas acciones?»

«¿Puede un rey amar la corona, si no tiene á sus órdenes mas que esclavos?»

Estas palabras son muy dignas del príncipe que emancipó todos los esclavos de sus dominios, y cuya mano trazó esta máxima moral: «Los ingleses deben ser libres como sus pensamientos.» Es digna del que para resistir mejor las pasiones contrarias á sus deberes, imploró al cielo y sufrió con resignacion el daño cruel que le causaban. Es digna del que con ardiente piedad y caridad inagotable, expresadas en todos sus escritos, manifestadas en todos sus actos, se reasume en esta oracion, que no dejaba de aplicar á sí mismo, y estos últimos consejos dirigidos á su hijo Eduardo:

«¡Yo te busco, Dios mio! ¡abre mi corazon, y dime cómo se llega á tí! ¡Yo no puedo ofrecerte mas que mi buena voluntad, porque nada puedo hacer por mí mismo! ¡Pero nada conozco mas excelente que amarte sobre todas las cosas, á tí solo sábio, solo puro y solo eterno!»

«Ven acá, hijo mio, siéntate para oír aun mis consejos. Mi hora está próxima, mi cuerpo se debilita, mis dias han pasado, y es preciso separarnos. El otro mundo me llama; tú poseerás mis bienes. ¡Te suplico, por el amor que te tengo, que seas el padre y defensor de tu pueblo, el apoyo de la viuda y el padre del huérfano! Socorre los pobres, protege los débiles, y con todo tu poder repara las injusticias. Sométete siempre á la ley cuando poseas el amor de Dios; jamás lo invocarás en vano, y te ayudará con su sabiduría.»

La noble figura de Alfredo ha sobrevivido á la caida de su raza, rodeada de justa admiracion y respeto.

Si se considera, en efecto, la carrera moral, política y literaria de Alfredo; si se advierte que una parte de su vida pasó en una inaccion forzada, otra en inminentes peligros, que tuvieron á prueba incesantemente su valor, y que colocado en el trono cumplió, en medio de sufrimientos y dificultades sin cuento, tan grandes y útiles reformas y echó las sólidas bases de la civilizacion y el poder inglés, no se puede dejar de reconocer en él un tipo de perfeccion casi ideal, uno de los mas nobles corazones y mas excelentes genios que han embellecido á la humanidad.

L. E.

JULIA.

(Continuacion.)

X.

El domingo siguiente á la noche en que Eliseo Valcárcel y sus tres compañeros de teatro cenaron en el cafetin de la calle del Peso, Julia y su padre oyeron misa de once en San Francisco, y al salir de la iglesia fueron á dar un paseo á la próxima alameda del Becedo, cuyos seculares árboles forman en el verano una bóveda impenetrable á los rayos del sol.

El paseo estaba á la sazón lleno de gente; porque en Santander, como en casi todas las capitales de provincia, el bello sexo no sale á pasear sino en los dias festivos, y todas las señoritas, sin excepcion de clase ni de fortuna, son *domingueras* por excelencia, por mas que lo nieguen á pié juntillas.

En el momento en que Julia y su padre penetraban en la alameda, tres personajes tomaban asiento gravemente en uno de los bancos de piedra con espaldar de hierro que se hallan en la línea divisoria de las dos calles del paseo.

Aquellos tres personajes eran don Justo, don Ramon y don Paulino, tres comerciantes del Muelle, cuyas respectivas casas rivalizaban en crédito y operaciones con la de nuestro amigo don Crisanto; tres representantes de la aristocracia santanderina, cuyos ilustres abuelos habían roto mas de una.... *ahijada* en el camino de Reinosa, Valladolid y Palencia sobre los lomos de los infelices bueyes que, antes del establecimiento del ferro-carril de Isabel II, hacían el transporte de la harina entre las fábricas y el puerto. Porque la raíz del árbol genealógico de la mayor parte de los aristócratas que viven en la *Perla del mar cantábrico*, se pierde en las queserías del valle de Pas, ó en las oscuras chozas del valle de Trasmiera.

No es mi ánimo, al estampar aquí esta verdad, humillar el legítimo orgullo de los comerciantes de Santander; antes, al contrario: el trabajo y la economía, único origen de la riqueza y del bienestar que disfrutaban, son á mis ojos títulos tan nobles y tan legítimos como los pergaminos del mas encopetado marqués; pero como hay algunos que reniegan de su *noble laboriosidad*, y se figuran ver un lanzon de dos hierros en la *ahijada* de sus antepasados, y un ejército de moros en el par de inofensivos bueyes que arrastraban el humilde carro harinero, bueno es recordar á estos en qué consiste la verdadera nobleza.

Ya que incidentalmente he tocado este punto, referiré un hecho histórico, digno de servir de ejemplo á esa aristocracia del dinero, que se empeña en descender por línea recta del quinto boton de la polaina de Pelayo.

En un pueblo de la misma provincia de Santander, situado sobre la carretera de Valladolid, había á fines del siglo último una familia de humildes labradores, cuyo jefe dejó la esteva y puso, con algunos ahorros, un establecimiento de bebidas y comestibles, en el cual ganó sendos miles de duros. Andando el tiempo, el antiguo labrador fué el primer capitalista del lugar y de los contornos, quitó la tienda de comestibles y labró una casa magnífica, sobre cuya fachada, tentado por el diablo de los pergaminos, hizo esculpir un gran escudo con la inscripcion siguiente:

Estas armas de Alagon,

Tan bellamente adornadas,

Hijas legítimas son

De las batallas ganadas

Al rey moro de Leon.

El edificio existe todavía, y su actual propietario es un nieto del fundador, y uno de esos jóvenes honrados y laboriosos que por su intachable conducta y por sus excelentes cualidades prueban á cada paso que la verdadera nobleza no es la hereditaria.

Otro en su lugar estaria lleno de orgullo con el escudon de su abuelo. Pero el nieto, que sabe perfectamente

el origen de sus armas, y hasta la suma en que las compró el antiguo tendero, ha modificado la quintilla de este modo:

Estas armas de Alagon,

Tan bellamente adornadas,

Hijas legítimas son

De las pesetas ganadas

Vendiendo aceite y carbon.

—Pues sí, señores,—dijo don Ramon, despues de haber sacudido cuidadosamente con el pañuelo el polvo del banco,—¡lo que pasa con esa niña es un verdadero escándalo, y hay que decírselo á su padre para que ponga enmienda!

—Pero, ¿está usted seguro de que no es algun cuento?...—repuso don Justo.

—¡Segurísimo!... ¡como que lo he visto yo mismo!

—¿Usted?

—¡Sí, señores, yo!

—¡Ya eso varía de especie!

—Van ustedes á ver hasta dónde llega el descaro de esa niña. Ayer tarde, á eso de las cuatro, estaba yo en el escritorio ocupado en examinar unas muestras de azúcar, cuando observé que la Capitanía del puerto señalaba un bergantin al Oeste. Figurándome que tal vez seria el *Neptuno*, cuyo arribo esperaba con impaciencia, subí con Andrés el almacenero á la Torre del Vigía para dar un vistazo al mar y asegurarme de si era mi bergantin el que se anunciaba. Efectivamente, el *Neptuno* venia viento en popa por enfrente de Suances, y el atalayero nos dijo que franquearia la embocadura antes de las seis. Ustedes saben que en tales casos no tiene uno la calma suficiente para esperar á pié quieto durante un par de horas. Bajamos, pues, al muelle y nos metimos en el bote del práctico para salir al encuentro del *Neptuno*.

La mar estaba hermosísima; pero como la marea crecía, tardamos una hora larga en salir al *Sardinero*.

Mientras se aproximaba el bergantin, el práctico echó el *reson* y yo tomé el anteojo y me puse maquinalmente á mirar hácia la playa. Entonces ví un grupo de tres personas, un hombre y dos mugeres, que se paseaban sobre la arena, entreteniéndose en coger conchas. ¡Imaginen ustedes cuál no seria mi asombro al reconocer en aquellas dos mugures á la Julia y á su doncellita, la trasmerana!

—Escucha, Andrés,—le dije al almacenero que iba conmigo,—¿no es aquella la hija de don Crisanto?

Andrés tomó el anteojo.

—Sí, señor,—me respondió,—son doña Julia y su doncella Luisa, que andan cogiendo cáscaras.

—Y ¿quién es el zángano que está con ellas? ¿le conoces?

—Me parece que sí.... que le he visto en alguna par-



LA EDUCANDA.

te..... espere usted..... ¡Sí, él es!.... es un cómico de la compañía, que vá todas las noches que no hay teatro á jugar al dominó al café Suizo.

—¡A ver, hombre, á ver; dame acá!

Volví á examinar el grupo, y en efecto, aunque yo no fijo mucho la atención en los actores cuando voy á la comedia, recordé en seguida haber visto en las tablas al acompañante de la Julia.

—Pero esa muchacha ¿está loca?—exclamó don Justo.

—¡Ir á pasear con un cómico al Sardinero á las cinco de la tarde!—añadió don Paulino.

—¡Y si no fuera mas que pasear, vamos, pase! —repuso don Ramon.

—¡Cómo! ¿hubo mas?

—Pues, ¿no he dicho á ustedes que estaban juntos cogiendo conchas como si fuesen amigos de toda la vida? ¡Cogiendo conchas con un cómico!... ¡y en medio del día, á la vista de todo el mundo!...

—Es preciso no tener dos adarmes de juicio.

—¡Ni chispa de miramiento!

—¡Calle usted, hombre, calle usted.... que á mí se me cayó la cara de vergüenza, como si hubiese sido mi propia hija la que estaba en la playa!

—Y ¿no trató usted de profundizar mas el asunto?

—¡No, que lo dejaría en tal estado! Ustedes saben que yo no soy curioso, ni aficionado á meterme en vidas ajenas; pero no sé por qué, llamó extraordinariamente mi atención aquel paseo por una playa desierta y con semejante personaje.

Así que llegó el *Neptuno*, subimos á bordo y entramos en bahía. Entonces le dije á Andrés:

—Mira, dile al piloto que te eche á tierra ahí en San Martín, y vete por entre las peñas como quien no quiere la cosa, á ver si continúan cogiendo cáscaras la Julia y el cómico.

Andrés es un muchacho que entiende con media palabra.

—¡Comprendido, señor don Ramon!

—Si te es posible, espéralos oculto en alguna vuelta del camino y trata de escuchar algo de lo que hablen. Pásate luego por el escritorio para decirme lo que hayas observado.

Andrés volvió media hora despues de anohecido.

—Vamos á ver,—le pregunté,—¿qué hacia ese gandul en la playa?...

—¡Pasaría por allí casualmente!—interrumpió don Justo.

—¿Casualmente, eh?... ¡ya verá usted, ya verá usted! Cuando llegué á lo alto del cerro que domina la playa,—me respondió Andrés,—ví á doña Julia, á su doncella y al cómico en el mismo sitio en que los habíamos dejado: entonces me deslicé hasta las ruinas del fuerte que está junto á la cantera, y me escondí entre las tapias: allí es-

tuve hasta que, á puesta del sol, atravesaron el arenal y empezaron á subir el Alta. Como andaban muy despacio, tuve tiempo de hacer un rodeo por detrás de las huertas y de venir á esperarlos á la encrucijada de los Mártires. Ya era de noche cuando pasaron por delante de la capilla....

—De noche.... ¿comprenden ustedes?... ¡de noche por esos cerros de Dios en compañía de un cómico!

—Pero, ¿en qué piensa ese padre?... ¿no echa de menos á su hija?

—¡Es mucho don Crisanto!

—¡Siga usted, señor don Ramon, siga usted!

—Yo estaba escondido en el portal,—prosiguió Andrés,—y como hacia oscuro, me arrimé á la orilla del camino así que los ví venir, y me senté sobre la yerba detrás de un árbol. Doña Julia y el cómico marchaban delante y la criada detrás....

—Y ¿qué decían, qué decían?...—exclamaron simultáneamente don Justo y don Paulino.—¿Oyó algo Andrés?...

—«Mañana,—decía la Julita,—no podré venir á pasear, porque voy al Astillero con papá: si *quieres* verme....

—¡Cómo!... ¡se tuteaban!...

—¡Sí, señores!... ¡como si fueran marido y muger!... ¡Pues ahí está lo escandaloso del cuento!

—¡Qué vergüenza!

—«Si *quieres* verme,—prosiguió don Ramon recalcando las palabras,—toma el barco de las dos y espérame allí.»

—«Bien, iré, aunque á esa hora tengo ensayo,—respondía el cómico;—pero, ¡no importa! mandaré al director á pasear y pagaré la multa.... ¿Qué no haré yo por verte, *Julia mia*?...»

—¡*Su* Julia! ¿la llamaba *su* Julia?

—¡En el tono mas cariñoso que ustedes pueden imaginarse!

—¡Por Dios, hombre, por Dios, no diga usted eso!

—¡Ave María purísima!

—Nada, santigüense ustedes cuanto quieran; pero no es ni mas ni menos que como ustedes lo oyen.

—¿Luego la cosa es mas seria, mas grave de lo que en un principio creímos?

—Yo no lo sé, no hago mas que referir á ustedes lo que pasó.

—¡Prosiga usted, señor don Ramon, prosiga usted!

—«¿Sabes tú,—continuaba la Julita,—á nuestra casa del Astillero?»

—«Nó, pero preguntaré.»

—«Mejor es que no preguntes: la gente es muy maliciosa en este país, y podían sospechar algo. Espera en el embarcadero y Luisa pasará por allí.»

Andrés no pudo seguir oyendo lo que hablaron despues, á causa de la criadita, que marchaba á diez ó doce

pasos detrás de su ama; pero vió que los dos amantes de Teruel bajaron como dos tórtolos hasta la Fuente-Santa, que en aquel sitio se despidieron dándose un fuerte apretón de mano, y que el cómico se fué por el camino de Santa Lucía y la niña por el del Muelle.

—¿Qué tal?... ¿no es cierto que la alhajita promete? ¡Y ahí la tienen ustedes, que parece una malva! ¡cualquiera dirá que no rompe un plato!

—¿Una malva?—exclamó don Justo.—¡No será por la sencillez, porque en el paseo no hay otra con mas lujo! ¡Mírenla ustedes.... si parece la hija de un príncipe!

Julia y su padre pasaron en aquella vuelta junto al banco del triunvirato murmurador.

Los tres comerciantes les hicieron un profundo saludo.

—¡Pobre hombre!—dijo don Paulino:—¿han visto ustedes la levita que lleva?

—En cambio, las blondas de la manteleta de su hija valen una fragata.

—¡Cuántos disgustos vá á tener el infeliz con esa muñeca, por no haberla educado como se debe! ¡Hija mía había de ser; vive Dios que antes de quince días andaba mas derecha que un huso!

—Pero, ¿cómo quiere usted que ande, si el tal don Crisanto es un babieca, sin carácter, sin voluntad propia? La niña manda en jefe desde hace muchos años, y dispone á su antojo de cuanto le dá la gana.

—Mentira parece que un hombre como él haya hecho ese caudalazo.

—¡Si es un mónstruo de fortuna!... ¡La tierra se le vuelve dinero entre las manos! Este mes ha ganado un dineral con los viajes del *Aguila* y de la *Armida*, y sin saber leer ni escribir, como quien dice.

—Nó, señores, se equivocan ustedes: el capital de don Crisanto no se ha formado tan á la buena de Dios como algunos se figuran, señor don Paulino.

—Tan á la buena de Dios, señor don Ramon, que don Crisanto, lo mismo en el comercio que fuera de él, no vé mas allá de sus narices: es un topo.

—Convenido: yo soy de igual parecer, y tambien le creo un zote de marca mayor y un mónstruo de fortuna; pero su fortuna consiste en tener un sobrino como el que tiene. Yo me acuerdo cuando la casa de Ortega andaba á tres menos cuartillo para encontrar crédito por mil barriles de primera....

—¡Como que no heredó un real de su padre!

—¡Qué había de heredar,—añadió don Justo—si el viejo Ortega murió con el *cuévano* á la espalda y con las *corizas* en los piés!

—Pues bien, desde que el sobrino tomó parte en los negocios del tío, la casa de don Crisanto empezó á crecer como la espuma.

—Yo ya sabía que Santiago era un muchacho inteligente; pero nunca le creí tan capaz.

—¿Tan capaz?... ¡Yo le aseguro á usted, señor don Justo, que no hay en la plaza quien le ponga el mingol!

—¿Ese barbazas?...

—¡Sí, señor, ese barbazas!... excelente marino y comerciante consumado al mismo tiempo, de igual manera manda una maniobra que hace una compra de treinta ó cuarenta mil duros. ¡Y con qué oportunidad! ¿Saben ustedes cuánto se gana don Crisanto en el cargo que trae la *Armida*, cargo que ha vendido á la vela? ¡Nueve mil duros, y esto únicamente en la subida del bacalao!

—¡Qué bestial!

—El dependiente lo dijo el viernes en mi escritorio. Don Crisanto no vé sino por los ojos de su sobrino, y desgraciado de él si llega á faltarle ese puntal. Ahí tienen ustedes todo el misterio de su fortuna. Pero volviendo á la Julita, ¿han visto ustedes el bote que acaban de hacerle en el astillero para que la niña se pasee por la bahía?

—Nó, señor.

—Pues anclado está junto á la casilla del resguardo: véanlo ustedes porque es cosa curiosa. La toldilla es un camarote de almirante. ¡Cristales, persianas, alfombra, banquetas forradas de terciopelo, cortinas de seda, timon de torno.... hasta un espejo.... nada le falta!

—¡Qué lástima de azotina!

—Yo no sé cuánto me dijo el constructor que le habían pagado por él.... ¡cosa de quince ó veinte mil reales!

—¡Jesus! ni que ese hombre estuviera loco.

—Ya se vé, con estos mimos y estas condescendencias estúpidas, ¿qué ha de hacer la niña sino su santísimo gusto?

—¿Y hoy dará probablemente su paseo por el astillero con ese pelafustran?...

—¡O hablará con él en la huerta!

—Nó, nó, es preciso prevenir á don Crisanto, aunque no sea mas que por caridad; es preciso decirle claramente que su hija es un cascabel, y que está siendo el escándalo del pueblo.

—Señor don Ramon, usted hará lo que quiera; pero yo creo que es exponerse á grangear un enemigo, sin provecho de ninguna especie. Don Crisanto pensará que se calumnia á su pimpollo, y que semejante advertencia son chismes, hijos de la envidia.

—¡Que piense lo que le dé la gana!... ¡yo con decirselo cumplí!

—¡Adelante!...—dijo don Justo encogiéndose de hombros.—¡En cuanto á mí, que el padre y la hija se tiren de cabeza al mar, me importa un comino! Allá se las hayan.

—Es usted un egoísta, señor don Justo, permita que se lo diga.

—¡Enhorabuena!... pero así vivo en paz con todos, y

me vá perfectamente. ¿No opina usted como yo, don Paulino?

—Hombre, no sé qué decir á ustedes; el asunto es muy delicado, y.... ¡pongámonos en el lugar de ese pobre hombre! por un lado es hacerle un beneficio, casi una obra de misericordia; pero por otro, me parece tambien que es muy posible que se enfade cuando se le vaya con semejante embajada.

—Señores,—esclamó don Ramon levantándose,—yo se lo digo, y que lo tome por donde quiera. ¡Si se enfada, gracias á Dios no he de ir á pedirle nada prestado!... ¡Las doce y media!...—añadió mirando el reló,—¿vienen ustedes hácia el Muelle? ya es hora de ir en busca de la sopa.

—¡Sí, vamos allá!

Y los tres amigos salieron de la Alameda, en la cual seguian paseándose Julia y su padre.

(Se continuará.)

DEBERES

ENTRE LA PERSONA QUE PIDE UN FAVOR Y AQUELLA DE QUIEN SE HA SOLICITADO.

Una persona delicada, cuando necesita alguna cosa que no puede absolutamente proporcionarse por sí misma, y se vé por lo tanto obligada á solicitarla de la amistad, se dirige siempre á las personas de su mayor intimidad, y solo acude á aquellas con quienes no tiene verdadera confianza, en casos extremos y en que la fuerza de la necesidad justifica plenamente su exigencia.

Las exigencias indiscretas son enteramente ajenas de las personas bien educadas; y así, jamás se debe pedir un servicio á quien, para prestarlo, haya de hacer un sacrificio de cualquier especie, cuando se pueda recurrir á otra persona que se encuentre en diferente caso, ó prescindir de aquello que se desea.

Tampoco se debe solicitar un servicio importante de quien indiscretamente suele referir los favores que ha prestado á otras personas; y mucho menos de quien muestra pusilanimidad en todos sus actos: para tener generosidad, es necesario no ser pusilánime, porque sin energía en el alma, no se puede poseer sólidamente ninguna virtud ni cumplir ningun noble deber.

Segun la naturaleza y entidad del servicio, el grado de amistad que medie con la persona á quien se exige, y el mayor ó menor esfuerzo que esta haya de hacer para prestarlo, así serán mas ó menos vehementes las expresiones de excusa que acompañen la súplica, y aquellas con que haya de manifestarse el agradecimiento que debe inspirar la prestacion del servicio.

La gratitud es uno de los sentimientos mas nobles del corazon humano, y por desgracia el que se vé mas fre-

cuentemente combatido por las malas pasiones. No es posible encontrar una completa honradez en quien es capaz de olvidar los favores que ha recibido, ó de corresponderlos con ruindades: acaso no ha existido ningun perverso que no haya principiado por ser ingrato. Se debe, pues, cuidar esmeradamente de cultivar el sentimiento de la gratitud, no borrando jamás del alma el bien que se reciba, por pequeño que sea, y aprovechando siempre las ocasiones que la fortuna ofrezca para recompensarlo.

En los corazones que aun no están enteramente corrompidos, la ingratitud conserva una especie de pudo que la hace ávida de pretextos para desencadenarse y mostrar toda su fealdad; y así se vé muchas veces que la persona que ha recibido un beneficio, busca un motivo de queja contra aquella á quien está obligada, ó afecta creerse ofendida, cuando esta no se presta á una nueva exigencia, para romper el vínculo de gratitud que á ella la une, y considerarse relevada de los deberes que para con la misma tiene contraídos.

En cuanto á la persona á quien se pide un favor, si está en disposicion de prestarlo, lo hará con tal delicadeza, que parezca mas bien que desempeña un deber; y si ha de negarlo, procurará atenuar la pena que causa siempre la ineficacia de una súplica, contestando con razones sólidas y convincentes, en términos muy afables, y deteniéndose mas ó menos á manifestar el sentimiento que experimenta, segun sea la entidad del servicio pedido, y segun los deberes que la amistad imponga.

A la persona á quien recientemente se ha hecho un favor, no se le puede exigir otro sin incurrir en una grave falta de delicadeza; á menos que se necesite urgentemente una cosa que tan solo ella pueda proporcionar, ó que medie una amistad estrecha y un comercio de recíprocos servicios.

Nada mas innoble y mezquino que hacer un favor por el interés de verlo recompensado, ni nada mas grosero que abusar de la posicion de la persona á quien se haya servido, con actos que de alguna manera ofendan su delicadeza y amor propio.

T.

LA INDIFERENTE.

Si la cólera, la pereza y la negligencia son graves defectos en una jóven, no lo es menos, á nuestro juicio, ese estado negativo del corazon, que no siendo el egoismo, porque el egoismo, amándolo todo, quiere ser amado, es lo que yo llamaré *indiferencia*. Pero me refiero á la indiferencia, no relativa á los estudios, la toilette ni los sucesos que pasan alrededor nuestro, sino al sentimiento, que es la pendiente resbaladiza hácia la ingratitud.

Estudad á Eloisa, y lo comprendereis mejor.

Eloisa es una jóven de quince años, que se distingue

por su buena presencia, sus maneras mucho mas distinguidas que vulgares, y su aire magestuoso. Si la seguís en el curso de sus estudios, hallareis sus contestaciones claras, su trabajo exacto y un aprovechamiento envidiable. Pero á pesar de todas estas ventajas, no sentireis ninguna inclinacion hácia ella.

No es altiva, burlona ni habladora; pero jamás su mirada desprende los claros rayos de benevolencia que dan á la vista la expresion de la alegría y el afecto de una amiga; porque Eloisa no tiene amiga, es decir, una persona á cuyo cariño se consagre, con quien divida sus alegrías y tristezas, ni experimenta la necesidad de tenerla. No es mala, pero tampoco es buena; no se goza en los sufrimientos de otros, pero tampoco sufre por ellos; es, pues, indiferente. La excelente educacion que ha recibido la obliga á evitar el mal, y, sin embargo, no puede abrir su corazon al bien y á lo bueno. Vive impasible una vida de apatía, que es una especie de parálisis interior que, soportándola siempre y en todo, concluye por hacerla contagiosa para aquellos que la rodean.

Criada por una muger del campo, fiel y devota criatura que, despues de haberla alimentado á su pecho, le dedicó voluntariamente su existencia, volvió al seno de su familia, donde aquella la prodigó sus cuidados por largo tiempo. Pero esta se vió obligada de repente á volver á su pais á causa de la enfermedad de uno de sus parientes. Al pedir licencia á Eloisa, apenas podia reprimir sus lágrimas esta excelente muger; pero ella, entregada á sus distracciones, la dijo por todo consuelo: «Algun dia podrá ser que nos veamos, mi buena ama.» Es cierto que acompañó á sus palabras un rico presente que significa mucho para los que en esto no quieran notar su falta de corazon. Pero en el interior de la familia es donde se advierte, sobre todo, su completa y lamentable indiferencia. Por un favor del cielo, bastante raro por cierto, conserva aun á sus abuelos, y está bien lejos de su pensamiento dulcificar las penas de sus últimos años con su ternura y sus cuidados. Si le mandan alguna cosa, obedece; si le preguntan, responde; pero esto es todo lo que hace sin la menor expansion ni la menor caricia: en una palabra, parece que ignora que el amor filial es el último rayo del sol que viene á reflejarse sobre la vejez.

Su madre, tan buena y devota como es posible, sufre horriblemente por la sequedad de su hija para con ellos, y les dice por lo bajo con interés, si su exceso de ternura no compensa en algo la indiferencia de su hija.

Es inútil esforzarse porque Eloisa esté bajo la inspeccion de los que la instruyen. La enseñan, es verdad, la ciencia y el arte; ¿pero no se lo pagan? Guian su talento y les dan dinero: está dicho todo. Eloisa, que no siente el mas pequeño reconocimiento hácia la que le ha dado el sér, no experimenta la menor inquietud por los que dan vida á su inteligencia. Si por casualidad ó por desgracia se

ha reemplazado un maestro por otro, podrá ser que ella eche de menos su método claro y preciso, su palabra lúcida y elegante, pero no tendrá una lágrima para el amigo que ensanchó dia por dia su espíritu y procuró educar su corazon. ¿Podrá creer Eloisa, la indiferente, que la gratitud y el cariño hácia sus maestros se colocan por toda alma bien nacida al lado del amor de la familia? Así lo ha leído y vuelto á leer en muchos y buenos libros; pero lo ha olvidado, ó acaso jamás lo ha sabido, ni lo ha comprendido.

No me califiqueis, mis queridas lectoras, de exagerado al describir este carácter de quince años, despues que me hayais leído; pues bajo el aspecto de su conveniencia, si habeis leído con atencion, y alguna se reconoce con rasgos parecidos á los del carácter de Eloisa, podrá decirse á sí misma: «Puesto que Dios es todo amor, nada le es mas contrario que la indiferencia; no nos dejemos, pues, arrastrar hácia ella.»

L. Y.

LA ELEGANCIA RELATIVA

Y LA ELEGANCIA ABSOLUTA.

Siendo todo homogéneo en el hombre, y correspondiendo todo en él á una causa interna, la elegancia, como expresion exterior de un individuo, no está exenta de esta ley, y su causa interna es el carácter.

La inteligencia no tiene accion inmediata sobre la elegancia, en razon á que cada sér se resume en el carácter, del cual la inteligencia no es sino parte integrante.

El carácter es lo que somos, lo que Dios nos ha hecho, el sonido que resulta del conjunto de voces que hay en nosotros.

Todo lo que el carácter se apropia le sienta bien: es exacto y preciso, porque su esencia es la unidad.

La inteligencia es menos segura; combina, se ilusiona y se extravía. Una muger oye decir ó lee que *«la armonía nace de los contrastes»*, y en seguida se propone efectuar en su adorno y compostura la aplicacion de este aforismo filosófico; la inteligencia comete un error monstruoso sobre el sentido de estos contrastes, y aquí es oportuno formular esta ley de la elegancia: *la armonía nace de los similares*.

Sin carácter decidido, no hay elegancia.

Un niño nunca es elegante, porque nada hay caracterizado en él; es gracioso.

Y como el carácter se distingue por la unidad, decimos tambien que todo lo que no es sencillo no es elegante: esto no es decir que las personas sencillas de inteligencia sean elegantes.

Los pájaros de un mismo plumaje se reconocen á primera vista.

Las personas elegantes se encuentran unas á otras entre millares.

Hay entre ellas una afinidad irresistible: los mismos gustos, las mismas delicadezas, el mismo lenguaje.

En sociedad tienen las unas respecto á las otras la preferencia que una comunidad de origen despierta entre los hombres que se encuentran en países extranjeros.

Las mugeres tienen un tacto admirable para distinguir las personas elegantes, y muchas veces sin saberlo.

Las personas que tienen gusto y carecen de elegancia, son aquellas que no poseen un carácter decidido.

Nos aconsejarán muy juiciosamente sobre la eleccion de un color ó de una forma; pero son incapaces de sacar partido para sí mismas de sus propias ideas.

Entre las personas de buen gusto y las de buen sentido, pocas son elegantes.

En la antigua España de calidad, la elegancia era menos rara que en nuestros días. Conocida es la elegancia tradicional de los cortesanos; pero era porque la época tenía su carácter.

La sociedad se dividía en clases, que tenían su sello individual, y nadie osaba salir de los usos y de las ideas correspondientes á su condicion social: una clase era un hábito que no se podía tomar sin tener la talla, el aire, el espíritu y el carácter que requería.

De aquí la elegancia relativa.

Hoy la confusion reina lo mismo en las ideas que en las cosas, y no hay clase, ni tipos profesionales, ni carácter.

La elegancia relativa, que abundaba en otro tiempo, y que, como hemos dicho, pertenecía mas á las clases que á los individuos, ha desaparecido en gran parte con los caracteres profesionales.

Antes habia médicos, militares, abogados, empleados elegantes. Hoy se dice: he aquí un hombre elegante.

Reducida así la elegancia al punto de vista absoluto, ha debido hacerse rara, porque es mas difícil de realizar.

En las mugeres, la elegancia relativa está igualmente anulada, pero no en el mismo grado. La muger es una criatura dotada de mucha espontaneidad y admirables instintos que la iluminan y la guían; estos instintos son: el amor, la amistad, la caridad, la abnegacion. Abandonada al poder de estos instintos, la muger tiene siempre un carácter puro y franco. Así, en materia de elegancia, nada rigurosamente exclusivo para las mugeres: las categorías son mas elásticas.

Siendo casi imposible en nuestra época la elegancia relativa, queda la absoluta.

Pero la elegancia absoluta, ó, si se quiere mejor, el ideal de la elegancia, tiene sus condiciones inflexibles, y exige:

Bellas proporciones,

Gracia,

Flexibilidad en los movimientos;

Y en lo moral:

Benevolencia,

Sencillez,

Delicadeza,

Magnificencia,

Valor,

Tacto social.

Pero como no es fácil que todas estas cualidades se reúnan en una sola persona, se tiene mas ó menos elegancia, segun que se está mas ó menos cerca de este tipo ideal.

Los sentimientos morales tienen siempre una expresion en los hábitos del cuerpo.

Algunos escritores afirman que hay un aire propio de la figura y de los talentos de cada persona.

Lavater ha hecho de la fisonomía humana una ciencia formal. Descubre en el hombre una *mímica* peculiar de cada sentimiento.

Otros van mas allá, y creen que el avaro, por ejemplo, tiene siempre la mirada falsa, furtiva, y aun las manos ganchosas.

Esto no es aventurado. Las malas pasiones, las enfermedades del alma, se revelan por accidentes desacordes de fisonomía, de continente ó de maneras. Estos signos exteriores son mas ó menos aparentes, mas ó menos perceptibles, y con frecuencia existen sin que las personas cuya expresion física modifican, tengan conciencia de ellos.

Hay, pues, cualidades morales esencialmente antipáticas á la elegancia, y entre ellas:

La codicia,

La cobardía,

La necesidad,

La afectacion.

Y como hay posiciones sociales en que semejantes cualidades desempeñan un papel permanente, resulta que toda persona que persiste en conservar estas posiciones, no podría, de ningun modo, aspirar á la elegancia.

Si bien es cierto que algunos oficios ó industrias han sido modificados en sus condiciones mas características, otros son esencialmente invariables.

¿Será elegante un usurero en el acto de celebrar un juicio verbal para asegurarse el cobro de un préstamo á 50 por 100 de interés?

No busqueis jamás la elegancia absoluta ni la relativa en el fondo de estas miserias sociales.

Las categorías entreabiertas á la elegancia absoluta, son:

La banca,

La toga,

Las artes,

La administracion.

Mejor aun:

La diplomacia,

La propiedad hereditaria,

El ejército y la armada,

Las letras.

No deben aspirar á la elegancia absoluta:

El hombre bufon,

El hombre pollo.

Un anciano con cabellos largos y rizados: pollo.

Un anciano que pondera su vigor juvenil: pollo.

Un hombre calvo, con quevedos y barba larga, cantando: pollo. Fácil es completar la série.

Entre las mugeres tampoco deben pretender la elegancia:

La gran señora nacida *actriz*,

La gran señora nacida *portera*,

La gran señora *criada*,

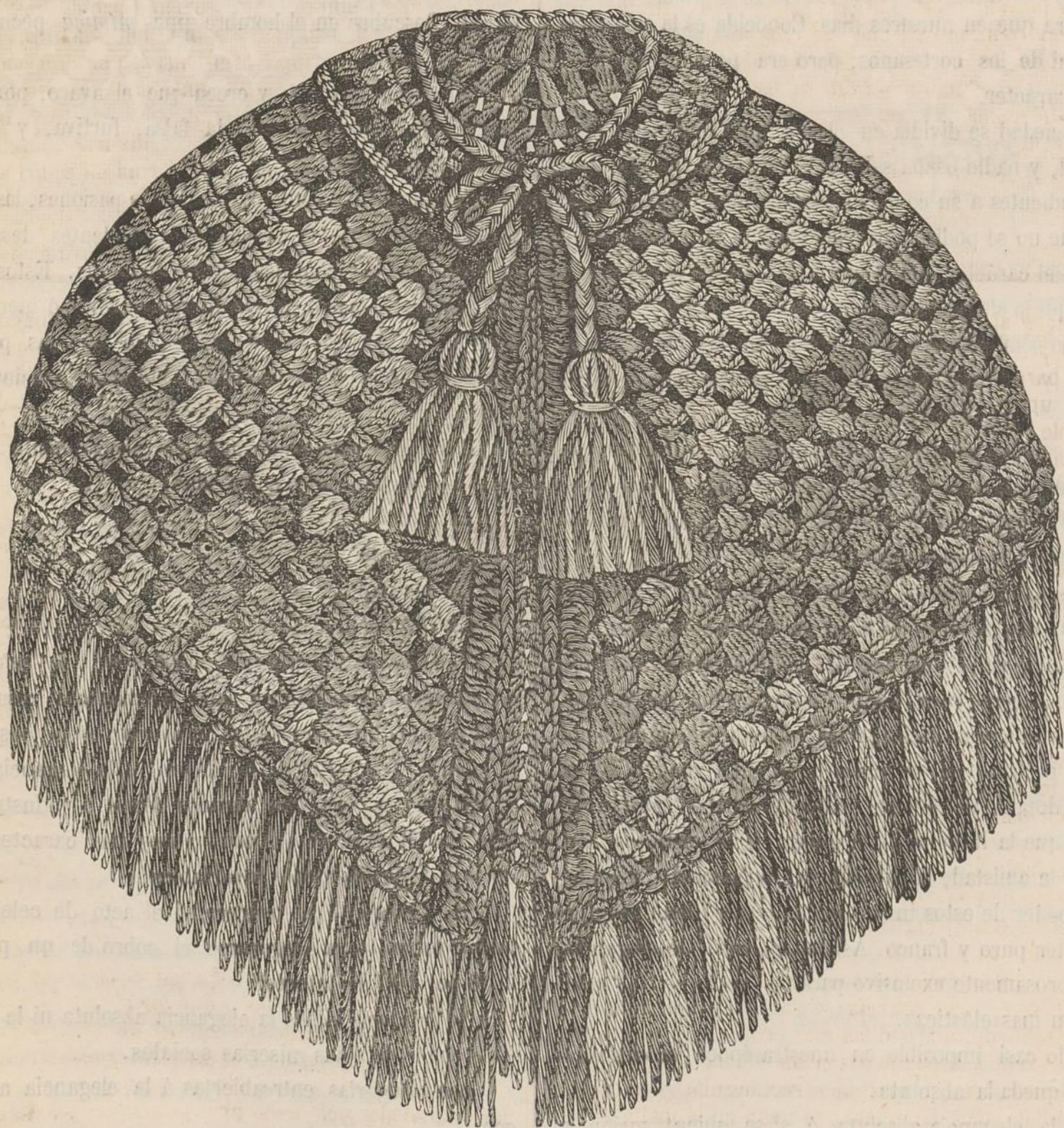
La muger *sargento*,

La muger *tonel*.

Pero si hay algo en el mundo que sea la realizacion de todo lo mas elevado y refinado de la elegancia, es una muger del gran mundo, que pertenezca á Inglaterra por la educacion primera; á Francia por la segunda educacion, ó la ciencia del buen gusto; y á España por el carácter y el tipo de belleza.

Agreguemos á este tipo por excelencia las grandes señoras *nacidas* grandes señoras, y los grandes señores nacidos grandes señores; esto es, conformidad de una gran distincion personal y un alto rango, armonía de una doble dignidad, nobleza de naturaleza y nobleza de condicion.

T.



Pelerina á crochet.

Para hacer esta prenda, se emplea lana gruesa inglesa de dos colores, blanca y pensamiento, ú otros dos, á gusto de la persona que la hace.

Recomendamos nuestro dibujo, no solamente como

una variedad nueva en pelerinas, prenda que hace algun tiempo viene mereciendo un favor distinguido, sino para llamar la atencion hácia su forma, en la que se puede notar desde luego, que no descendiendo mucho sobre el an-

tebrazo, es de un uso mas cómodo bajo todos aspectos, y debe ser por esto preferida necesariamente.

Para la vuelta del cuello se tomarán sesenta y tres mallas de lana blanca, cuyo desarrollo no debe dar mas de cuarenta y seis centímetros; y como es la parte que está llamada á sostener el resto de la obra, se tendrá cuidado de no hacerla ligeramente, y sí á punto seguro é igual. Además de estas mallas así tomadas, se harán aun otras diez de lana blanca, y despues se continuará de la manera siguiente:

Primera vuelta. Cinco mallas al aire; despues se harán siempre dos barretas y una malla al aire dentro de dos y sobre una malla colocada debajo. Despues de haber hecho diez veces dos barretas y una malla al aire, el centro de la vuelta queda determinado en lo que queda bajo la malla al aire que separa la décima doble barreta de la

gunda vuelta, tres mallas al aire y dos barretas, que se unen en la última y peneúltima barreta de la vuelta precedente. Despues una malla al aire, tres barretas en la última malla al aire de la vuelta precedente. En seguida diez cuadrados, compuesto cada uno de una malla al aire y tres barretas, pasando siempre por la malla al aire de la vuelta precedente, hasta el medio de la vuelta, donde tambien, como en la vuelta que precede, el cuadrado doce y trece, compuesto cada uno de tres barretas, se unen en la malla al aire que separa el once y doce de la vuelta precedente.

La segunda mitad de la tercera vuelta se compone de doce cuadrados formados de tres barretas y una malla al aire. Despues de concluida se vuelve la labor.

Con la indicacion que venimos haciendo sobre la manera de ejecutar las tres primeras vueltas, se continuará



Entredos á plumetis.

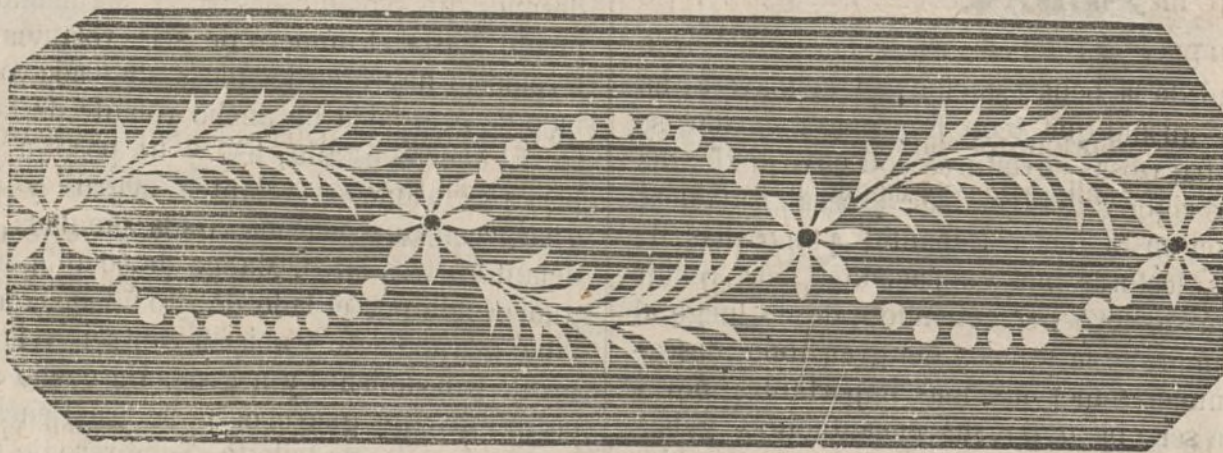
undécima; y al contrario, la primera barreta de la undécima doble pasa inmediatamente á la malla que está situada al lado de la primera barreta. En la cuenta, es preciso no omitir las mallas al aire.

Despues que se empieza la segunda mitad de la vuelta, diez dobles barretas; se hacen á cadena dos mallas, sobre las cuales van una malla al aire y una barreta. En seguida se vuelve la labor para hacer la vuelta siguiente.

Segunda vuelta. Tres mallas al aire, dos barretas en la última malla al aire de la vuelta precedente. Aquí debemos notar que en este momento el hilo no debe pasarse en un solo hueco de la malla, sino á cada barreta, como se vé claramente en el dibujo, y abrazar toda la malla entera de la vuelta precedente. Despues se continúa haciendo una malla al aire, tres barretas en las mallas al aire de la vuelta precedente, que son las mas próximas, hasta el medio de la vuelta, donde la malla undécima y duodécima, trancos cuadrados, ó mas bien rectángulos (compuestos cada uno de tres barretas), se unen en la malla al aire que separa la décima y undécima barretas dobles de la vuelta precedente.

El orden de la segunda mitad consiste en once cuadrados, formado cada uno de tres barretas y una malla al aire, despues de cuya conclusion se vuelve la labor.

Tercera vuelta. Se hacen, como al principio de la se-



Dibujo para chal en muselina á plumetis con ojetes.

trabajando las siguientes, aumentando un cuadrado al número de los de cada una.

En las diez vueltas que se harán con lana blanca, se tendrán por consiguiente diez y siete de estos cuadrados, ó mas bien rec-

tángulos, en cada mitad.

La vuelta once se hace de la misma manera en lana color de pensamiento.

La doce se hace con lana blanca.

La trece, catorce, quince y diez y seis, con lana pensamiento.

La diez y siete con lana blanca.

La diez y ocho, que termina la labor, con lana pensamiento.

Este último color, para formar el borde de la delante de la pelerina, es bueno que guarnezca el contorno, y á este fin se echa á la extremidad de cada vuelta en un cuadrado compuesto de tres barretas y una malla al aire.

Despues de la vuelta diez y ocho, que es la final, se hace alrededor del cuello un cuellecito como el que indica el dibujo. Este cuello se adapta á un orden de mallas de lana blanca, siendo la primera vuelta de cordon y haciéndolo de la manera siguiente:

Primera vuelta. Veinte y cuatro barretas dobles, separadas las unas de las otras por una malla al aire, y se dá vuelta á la labor.

Segunda vuelta. Tres mallas al aire de lana blanca; dos barretas entre la última barreta doble de la vuelta precedente: despues se continúa haciendo sucesivamente una malla al aire, tres barretas en la malla al aire de la vuelta precedente hasta el medio de la vuelta, donde se hará la novedad del cuadrado entre la segunda y tercera barreta doble con dos cuadrados separados por una malla al aire. En seguida se hace sucesivamente, y hasta el fin de la vuelta, una malla al aire y tres barretas. Despues de lo cual se vuelve la labor.

Tercera vuelta. Esta se hace de lana pensamiento, lo mismo que la segunda, pero de manera que el número de cuadrados aumente en uno á cada mitad de la vuelta.

La cuarta vuelta, despues de la que se concluye, es un orden de mallas simples que se hace en lana blanca para terminar el cuello.

Desde este momento no se hace mas que guarnecer la pieza alrededor con una trenza á tres cabos de lana, doblada cuatro veces, blanca y pensamiento. A cada extremidad se adapta una bellota de lana de diez centímetros de larga, por un cordon de una longitud de ciento setenta y cuatro centímetros, á fin de que se pueda formar un lazo conveniente al atarlas por delante.

El borde de la pelerina está adornado graciosamente por una franja de lana blanca y pensamiento. Cada franja se compone de tres hilos de veinte centímetros, que se fija por la mitad de su ancho. Como se comprende por el dibujo, los cabos de lana blanca se adaptan siempre á las mallas al aire, y los de lana pensamiento al medio de los cuadrados ó rectángulos, sin sujetarlos mucho y empleando un crochet fuerte.

C.

MODAS.

La proximidad de la bella estacion de primavera, en que la muger, lo mismo que todo el mundo animado, se despoja de las embarazosas envolturas con cuyo auxilio ha resistido los rudos rigores del frio, hace esperar, sin duda, una transformacion en la moda reinante; y aquellas de nuestras amables lectoras mas impacientes por rendir pronto homenaje á sus leyes, sometiéndose desde luego al carácter que la imprime la sancion del gran tono, desearian quizá que anunciásemos las mas importantes novedades que han de ser objeto de sus encantadoras galas. Dificil es anticiparse á la sancion del buen gusto y satisfacer hoy por completo su ansiedad; pero adelantaremos, sin embargo, las indicaciones que dejan entreveer los cambios de mas aceptacion y han de servir de punto de partida á las confecciones caprichosas que excogitar á el deseo de lucir siempre una elegante toilette.

Por lo que hace á telas y colores, y en lo que el comercio se adelanta á la manifestacion de todos los gustos con ricos y abundantes surtidos, para los que no pierden nunca de vista el contraste agradable de la economía con la esplendidez, y fija la verdadera novedad al aproximarse los cambios necesarios que reclama toda estacion y preocupan al mundo elegante, podemos asegurar á nuestras lectoras que continuarán mereciendo la preferencia el glase negro, pensamiento y verde subido, para los trajes de calle, y que alternarán con ellos el color *habana* y lila sembrado de flores blancas. Tambien el piqué color nan-kin y la alpaca serán géneros predilectos para trajes de jóvenes, muy especialmente si la unidad de color, que tan bien sienta á su fresca belleza, prefiere el negro, gris y *habana*, que les dan siempre una elegante sencillez.

El guarnecido ó adorno del vestido, vacilando entre el gusto pasado y la novedad del porvenir, se inclinará á

conservar los rizados en el bajo de las faldas, abandonando la exageracion y la forma recta, para tomar modestas proporciones y seguir las ondulaciones sentadas al biés. Se prestarán mejor á semejantes confecciones los vestidos de primavera en todos los matices del verde *chiné*, no ocupando su guarnicion mayor espacio que el de treinta centímetros. Admiten estos adornos el fruncido al medio y el picado á las orillas, y hasta que en los rizados alternen los diferentes matices de un mismo color.

Los trajes de campo y de viaje reclaman una elegante sencillez: unidad en el color claro; un pardesús de la misma tela, y á los bordados de aplicacion que los guarnecian, que sustituyan cinco órdenes de galon ó trencilla de lana negra, atravesados por otros perpendiculares semejantes, á distancia de cinco ó seis centímetros cada uno, entrelazándose con los anteriores.

Los cuerpos serán en general lisos, altos, con adornos semejantes á los de la falda; las mangas, anchas y con el mismo adorno que el cuerpo.

Los accesorios que completan la toilette de primavera seguirán ostentando la riqueza y el buen gusto que hasta aquí. Los tocados, abundantes en flores, deberán la armonía y el contraste á los encajes, cintas y terciopelos, que tanto aumentan el efecto de una radiante belleza. Los chales y pelerinas recibirán su magestuosa esplendidez de los escogidos encajes á pico delicadamente aplicados. Los cuellos y mangas de graciosas formas aumentarán la belleza del conjunto con su delicada blancura y calidad.

DESCRIPCION DEL FIGURIN.

Traje de calle. Vestido de glase negro formado por una media falda hasta las rodillas cortada á ondas guarnecidas por un pequeño volante de tafetan pensamiento; despues un volante negro, y siguiendo así alternativamente hasta el número de seis volantes. Lleva lazos de terciopelo negro en los picos de cada onda, y forma el bajo de esta falda un ancho volante de tafetan pensamiento. El cuerpo es alto, liso y un poco á punta, adornado por seis pequeños volantes negros y pensamiento, que guarnecen una pelerina rizada simulada, que lleva en su delantero tres lazos. Manga de codo ligeramente indicado, guarnecida por el lado de alto á bajo con un volante de tafetan pensamiento y abierta con seis volantitos alternativamente pensamiento y negros. Un cuello á punto de Venecia y mangas guarnecidas de igual encaje hácia el lado, acompañan á esta toilette. Sombrero de terciopelo liso negro con bavolet forrado y guarnecido de raso blanco. Un encaje de Chantilly, coquillado con flores de terciopelo pensamiento, lo adornan por debajo y debajo del ala. Capuchon de terciopelo con mangas largas y anchas, llevando la elegante guarnicion de marta. Brazaletes de plaqué adornado de coral y rosa.

Traje de soiré. Vestido de glase gris simulando túnica sobre la falda con ondas y picos de encaje Chantilly, guarnecido de un encaje de blonda cosida en llano. Estos picos alternan los unos con los otros sobrepuestos. El cuerpo alto y abotonado por delante, guarnecido con una berta simulada por encajes. Rodea el talle un rico cinturon Maria Stuard, formado por medallones de pasamanería. Mangas de codo, semi-anchas, abiertas y vueltas en el bajo, adornadas al lado y de alto á bajo por picos de encaje. Mangas de tarlatana blanca con puño de encaje y lazos de terciopelo rosa de China. Cuello como las mangas. Tocado de claveles color rosa de China en ramillete sobre la frente, combinado con encaje negro y blonda blanca. Brazaletes guarnecidos de brillantes y esmeraldas.

EMILIA R. Y R.